

**ANTROPOLOGÍA Y DESASTRES NATURALES;  
APORTES Y SUGERENCIAS FACTIBLES DESDE  
LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA<sup>1</sup>**

**Carlos Junquera Rubio<sup>2</sup>**

---

<sup>1</sup> Este texto corresponde a una conferencia pronunciada por el autor en la Universidad de Piura (Perú), en el mes de julio de 2002, en el marco del desarrollo de un programa interuniversitario entre la citada institución académica y la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>2</sup> Etnólogo. Universidad Complutense de Madrid. Departamento de Prehistoria y Etnología.



## RESUMEN

El número de personas muertas y heridas, así como la cantidad de viviendas que se derrumban por efecto de los desastres naturales, están aumentando de modo alarmante. Esto se debe, en parte, a la concentración de la población en ciudades y en zonas de mucho riesgo, como son los litorales marítimos. La vulnerabilidad frente a las condiciones climatológicas también va en aumento. Un ejemplo de esto lo tenemos en los asentamientos humanos en chabolas que se sitúan, además, en zonas de fácil inundación.

El fenómeno de El Niño se asocia ya con otros riesgos, porque cuando acontece aumentan las enfermedades y con ciertos animales que son transmisores, como los mosquitos, aparece la malaria. En los climas secos, la lluvia puede crear lagunas artificiales que favorecen la presencia de mosquitos. En los climas muy húmedos, las sequedades pueden reducir los ríos a charcas, que son sitios preferidos para la cría de mosquitos de todo tipo.

Este ensayo pretende ofrecer respuestas desde la antropología.

*Palabras clave:* antropología, desastres naturales, población, vulnerabilidad

## ABSTRACT

The number of people killed injured or made homeless by natural disasters is increasing alarmingly. This is partly due to population growth and the concentration of population in high-risk areas like coastal zones and cities. Their vulnerability to extreme weather conditions is also increasing. For example: large shanty towns with flimsy habitations are often located on land subject to frequent flooding.

The El Niño cycle is associated with increased risks of some of the diseases transmitted by mosquitoes, such as malaria. In dry climates, heavy rainfall can create puddles, that provide good breeding conditions for mosquitoes. In very humid climates, droughts may turn rivers into strings of pools, preferred breeding sites of other types of mosquito.

This work suggest answers from the anthropology

*Key words:* anthropology, natural disasters, people, vulnerability

## INTRODUCCIÓN

Siglos atrás se reseñó, por primera vez para los europeos y en una preciosa documentación, un hecho que hacía referencia a un fenómeno que en el Océano Pacífico de Sudamérica se conoce como El Niño. Los detalles más concretos para lo que aquí se va a tratar se deben al oidor Gregorio González Cuenca.<sup>3</sup> En realidad, el nefasto acontecimiento no apareció en el siglo XVI, sino que es tan viejo como pueda serlo el Océano Pacífico, que es donde sus consecuencias son más notables y lamentables. Evidentemente, este tipo de hechos suelen ser estudiados por geógrafos, historiadores, climatólogos y otros científicos, pero la antropología social, la cultural y la etnología han estado prácticamente ausentes de este suceso que afecta, cuando arremete, a personas, sociedades y regiones. Es verdad que sus últimas ocurrencias han servido para seguir investigaciones precedentes, ahondar en ellas y ofrecer un panorama nuevo en el conjunto de las ciencias sociales y humanas. En el desarrollo teórico y práctico del estudio, se insinúan tres planteamientos que se complementan:

- 1) un punto de vista de conducta y organización;
- 2) una orientación respecto a los datos y detalles que requieran de un cambio social mientras suceden los desastres (emergencia de autoridades temporales que cuenten con todas las condiciones para poder cumplir con su oficio), así como a la reconstrucción posterior a los mismos; y
- 3) un planteamiento que tenga en cuenta las dimensiones histórico-estructurales de cómo las sociedades y sus autoridades han hecho frente a la inseguridad, que se derivan de las advertencias naturales y técnicas, especialmente en las naciones subdesarrolladas.

Ante acontecimientos como El Niño se otorga una atención especial a la aparición del hambre, la falta de agua potable, la presencia inmediata de epi-

---

<sup>3</sup> AGI. Patronato, leg. 189, ramo 11.

mías, la carencia de los servicios más elementales, etc.; y todo esto y mucho más se plantea y recoge en una bibliografía desunida del cuerpo principal de la investigación de desastres, o como si fuera un apartado que no tiene mucho que ver con lo que acontece o que se puede resolver de otro modo. En otras palabras, los geógrafos estudian el fenómeno pero no tienen en cuenta las consecuencias sociales que aparecen una vez que actúa.

Las ciencias humanas y sociales porfiran sobre la utilidad de la antropología para dirigir y solucionar los problemas que emergen en zonas amplias o pequeñas como consecuencia de las desgracias. Percibir el riesgo y tener dispuestas posibles prevenciones es algo que también debe contemplarse como una importante extensión de la investigación científica de desastres naturales. Asimismo, una actividad de este tipo no puede ni debe estorbar la capacidad para la confección de una teoría propia de la investigación antropológica respecto a las amenazas y catástrofes, especialmente en temas de cambio ambiental violento y de cambio cultural y social. Un paisaje puede ser modificado en pocos minutos y en los mismos las gentes tienen que plantearse una urgencia no prevista el día anterior.

## 1. LOS DESASTRES NATURALES VISTOS DESDE LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL

En el siglo XX —y no creo que los inicios del XXI sean diferentes—, la ciencia se caracteriza por una especialización cada vez más constante. La antropología social, que nació como apoyo a la expansión de las potencias coloniales, tiende ahora a ser práctica y aplicada. Igualmente, se inclina a ser más general en el terreno de la utilidad y del manejo de los acontecimientos, porque, en el análisis de la naturaleza, en el de la evolución y funcionamiento de la sociedad y la cultura humanas en sus muchas manifestaciones, los antropólogos despliegan sus ideas cotejando una sorprendente gama de los diferentes grupos humanos en momentos y lugares diversos antes de extraer y ofrecer conclusiones. La investigación, tanto social como cultural, general o particular en lo que se refiere a desastres naturales, se sustenta en la *experiencia* y *observación* participante profunda a largo plazo de una comunidad humana específica, que tiene una cultura y forma de organización particular en cada sociedad.

Cuando se alude al tiempo, se quiere significar que la presencia del antropólogo en el medio tiene que ser bastante más amplia que la realizada por Malinowski y contar con una sensibilidad exquisita que evite cualquier roce. La retasa aplicada por el citado oidor Gregorio González Cuenca en el siglo XVI, cuando visitó la región de Lambayeque y evaluó las incidencias de El Niño, puede ser un ejemplo válido aún en muchos aspectos, porque la historia

tiene una dinámica imparabla aunque nos parezca lenta en ocasiones. El ejemplo de este funcionario de la corona española en una etapa temprana del colonialismo castellano en el Perú puede completarse con los aportes recientes de Huertas (2001), que recoge mucha documentación regional.

Una diferencia primordial entre la antropología y las otras ciencias sociales es la visión holística de que está dotada. La búsqueda de soluciones cuando acontecen desastres pretende conceder un criterio unificado de los mismos en el contexto global de la cultura humana donde ocurre esa desgracia. Esta disciplina se apoya en el supuesto de que la cultura es una totalidad, aunque esté sujeta a problemas de interpretación y, por lo tanto, de equivocación, y quien yerra debe corregirse.

Estudia los procesos sociales a partir de aspectos que son holísticos, en evolución constante y comparativos. Para el caso que se presenta aquí es claro que esta ordenación se ajusta a la investigación de datos específicos que surgen durante la emergencia y que se confrontan con el grueso de la sociedad. La comparación se despliega a partir de los principios generales que toda investigación exige: un cruce cultural con referencia expresa a la conducta de los individuos frente a las instituciones, incluso a las temporales y emergentes, mientras dura el desastre natural o sus consecuencias posteriores.

La investigación antropológica aplicada a evaluar desastres naturales se ha situado preferentemente fuera del continente europeo, que ha sufrido menos desgracias que otros, pero sus científicos han reseñado y evaluado estos hechos infortunados donde han ocurrido, junto a estudiosos nativos. Por otro lado, la proporción de cataclismos de alto riesgo está aumentando en América hasta el punto de que el ciclo de repetición de El Niño es más corto cada vez. Parece ser que antes ejercía su influencia cada unos cincuenta años y ahora azota de nuevo en menos tiempo. Las últimas apariciones se sitúan en 1983, 1997-1998 y parece que hay predicciones de que ocurrirá otro, de carácter breve en el 2002-2003.

Ahora se da una propensión creciente hacia una concurrencia en métodos, en los enfoques teóricos y en respuestas a la investigación entre todas las ciencias sociales. Esta tendencia se debe, en parte, a la urgencia creciente que tienen los científicos por ser prácticos en estos temas, en los que no se puede fracasar porque tal vez tengan un significado teórico pero de lo que nadie duda es que el éxito está en la práctica. Se deduce que el interés general y científico en la investigación, en relación con los límites crecientes de vulnerabilidad, de degradación del medio ambiente, de desarrollo urbano incontrolado, de ruptura de comunicaciones, de disputas sociales, etc., han orientado a una colaboración mayor.

La antropología ha compartido con las otras ciencias sociales (geografía, sociología e historia, por ejemplo) la perspectiva de que un desastre implica una mezcla de un agente potencialmente destructivo procedente de un medio natural y no natural (por ejemplo, la aplicación de armas bacteriológicas) y una población vulnerable, independientemente de su tamaño. La conjunción de estos dos elementos genera daños y pérdidas a los principales elementos sociales y a las instalaciones físicas de una comunidad, hasta el punto de que las funciones normales y cotidianas de la sociedad se interrumpen o destruyen, dando como resultado una tensión individual y grupal, y una desorganización social de variada severidad, como acontece a raíz de que el 11 de septiembre de 2001, cuando unos pilotos suicidas arrasaron las torres gemelas en Nueva York, derrumbaron una parte del Pentágono e iniciaron otras acciones similares. Partiendo de esta premisa, la antropología ofrece las tres posiciones enunciadas al principio de este ensayo respecto de los peligros y los desastres naturales.

La tradición histórica, la estructura y la organización social son aspectos a considerar por esta ciencia; también ha considerado las desgracias como un factor importante en las innovaciones sociales y culturales. Igualmente, el tema del cambio a largo plazo se ha convertido en tema importante respecto a la reconstrucción después de los desastres, porque la antropología es la ciencia más adecuada para examinar las variabilidades estructurales debido a su enfoque holístico.

El énfasis de esta perspectiva ha estado en la adaptación de los indígenas a los peligros. Por ejemplo, la ciudad de Puerto Maldonado, capital del departamento amazónico de Madre de Dios —y no es el único caso en la historia de Perú— sufrió unas inundaciones en 1925. Hubiera parecido correcto que que los aborígenes le obedecieran y nunca más se asentarían en la inmediaciones de los ríos Madre de Dios y Tambopata cuando el prefecto León Velarde ordenó abandonar la zona de Pueblo Viejo y subir el asentamiento a las alturas inmediatas, pero la experiencia ha demostrado que, pasado el peligro, las gentes vuelven a su sitio aunque los científicos les aseguren que volverá a producirse el desastre. De suyo, algo parecido había acontecido en 1913. Estos datos pueden verse más ampliados en Fernandez Moro (1952: 416-417).

## 2. PLANTEAMIENTO DE LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA ANTE LOS DESASTRES NATURALES

Los antropólogos han tenido una larga tradición de estudio entre las poblaciones que viven en entornos hostiles, difíciles, áridos, polares, etc. Ahora bien, el hecho de estudiar estos detalles no implicó que desde un principio se fijaran en los peligros que representaban los desastres naturales. Hay que reconocer

que fueron los hombres que estaban al frente de ciertas instituciones los que pusieron su empeño en mitigar los efectos negativos, como el ya citado Gregorio González Cuenca en el siglo XVI o las disposiciones más recientes que muestra Lorenzo Huertas (2001).

Muchas de las monografías etnográficas clásicas dedican una reflexión respetable a las formas de explicación y a los medios de neutralizar los peligros sufridos por la sociedad que debe padecerlos. Las técnicas de navegación y sus peligros, así como las costumbres, tabúes y presencia de monstruos marinos son cuestiones ya reseñadas por Malinowski (1922). En muchos aspectos y detalles, los primeros antropólogos anglosajones analizaron los riesgos como ingredientes normales de los entornos en que acontecían sus investigaciones y narraron como mejor supieron los pasos que daban las sociedades para contrarrestarlos: la separación de la población o de los recursos, el intercambio económico interétnico, la disminución de ciertas actividades sociales, la regulación del ritual y la invasión de terrenos de la tribu vecina, como apunta Evans-Pritchard (1940).

En los años 1950 y 1960, la aportación antropológica continuó el énfasis anterior y ofertó criterios sobre la adaptación humana ante los cataclismos como elementos fundamentales del medio ambiente. Las contribuciones de David Schneider (1957) en las islas de Yap, detallando el comportamiento de la gente durante los tifones, indaga meticulosamente las dimensiones sistémicas, basadas en el medio geográfico y en la cultura, así como la causalidad, la fragilidad, la previsión y los esfuerzos de amortiguamiento o la carencia de los mismos por parte de las autoridades y de las sociedades frente al movimiento crónico de las tormentas. En muchos aspectos, Schneider se adelantó a las perspectivas más recientes de los antropólogos y geógrafos, al considerar a los huracanes que azotaban a la isla de Yap como parte de los procesos ambientales y culturales en lugar de como hechos extremos y ante los que no cabría ninguna reflexión por parte de los autóctonos.

En las dos décadas apuntadas (1950-1970), algunos proyectos de investigación entendían a los desastres como desafíos a la integridad de la sociedad, con una reflexión significativa para permitir evaluar el cambio de la naturaleza tanto de modo inmediato como diferido en el tiempo (Belshaw 1951; Schwimmer 1969). Había intereses concretos respecto a los problemas que afloraban como consecuencia del itinerario y, a largo plazo, de la distribución de la ayuda gubernamental o internacional; de los modelos de calamidades concretas y alteración del liderazgo político y religioso; de la modificación de la familia y del modelo de residencia; y de las alteraciones económicas y los influjos del contacto a gran escala con forasteros que acudían a canalizar la



ayuda o a asesorar cómo debían hacerse las cosas. La cuestión de los desastres y los cambios sociales y culturales retardados en el tiempo se convirtió en el perfil distintivo de los enfoques antropológicos, como mostraron Spillius (1957) y Firth (1959).

Los aportes de Anthony F.C. Wallace se centraron principalmente en las conmociones inminentes de matices psicológicos y en el comportamiento de cómo acontecían las diferentes respuestas ante los desastres naturales (WALLACE 1956a, 1956b). En el estudio que realizó del *Worcester*, un tornado que afectó a Massachusetts en 1953, Wallace adaptó un modelo de etapa temporal propuesto previamente por Powell, Raynor y Finesinger (1953); formuló un modelo espacial; y unió los dos esquemas «*para inventar un instrumento analítico sistemático mediante el cual los datos podrían ser clasificados en un tiempo y en un espacio*» (WALLACE 1956b: 6). Igualmente, sugirió la presencia de un «*síndrome de desastre*» en el comportamiento de los sobrevivientes, que no se ha resuelto satisfactoriamente aún para la ciencia (WALLACE 1957). Además, sus investigaciones referentes a la solidaridad y al conflicto social, y al liderazgo y a la mezcla de cualidades de una comunidad con los sucesos que la afectan para la recuperación son aún aspectos que se discuten en la actualidad dentro del campo de estudio (WALLACE 1956a, 1956b). Lo importante es que Wallace hizo aportes sobre tornados y comportamientos sociales en épocas de cataclismos. Esto representa un notable aporte teórico.

### 3. PRINCIPALES CORRIENTES EN LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA DE DESASTRES NATURALES

Los argumentos concernientes al proceder y al medioambiente que fueron realizados en los primeros años de las investigaciones sobre desastres por parte de las ciencias sociales hasta el presente continúan siendo el núcleo del campo de estudio. Sin embargo, desde los años 1970 ha venido surgiendo un tercer tema que se centra en las implicaciones de estos fenómenos en cuestiones de desarrollo y cambio social. En cualquiera de los casos, la discusión de estos tres temas integradores como entidades separadas es fundamentalmente artificial, en el sentido de que tratan asuntos que están relacionados causal, desarrollista y conceptualmente.

#### 3.1. Respuestas individuales, organizacionales y comunales al impacto y consecuencia del desastre

La bibliografía antropológica ha prestado interés a las respuestas sociales que se dan al impacto del desastre natural una vez que acontece uno. Hay varios perfiles similares para cumplir este requisito inmediatamente después de acon-

tecido, y todos ellos se centran en el papel que deben jugar las instituciones religiosas (que propician el desarrollo de ritos concretos), la tecnología, la economía, la política y, en ella, las conductas de cooperación y conflicto, en la medida que surgieron en el impacto y en las etapas subsecuentes (JUNQUERA RUBIO 1999: 153-176). De modo muy similar, en épocas de normalidad, factores diferenciadores como raza, etnicidad y clase son variables claves para evaluar el surgimiento de tácticas de consenso y conflicto (JUNQUERA RUBIO 1993: 151-173 ).

Teniendo en cuenta que los desastres naturales acontecen afectando a regiones y comunidades, conviene que nos centremos en la integración comunal como base para dar los primeros pasos orientados a la recuperación y reconstrucción. Entiendo que son las comunidades locales afectadas las que deben sugerir las primeras respuestas para plantear la recuperación a corto y largo plazos. La buena armonía entre las víctimas y el personal de socorro es también un asunto de interés para este tipo de investigaciones, como lo es también la cooperación posterior al desastre, que impactará en la estructura social y en la calidad de las relaciones sociales que deben aflorar como consecuencia. Hay que investigar también los sucesos (reales o potenciales) en las relaciones conflictivas para la movilización de los recursos de la comunidad mediante un auxilio mejorado, así como a apoyar los esfuerzos de reconstrucción.

En los años de la II Guerra Mundial y más aún en fecha posterior, los mares se han visto inundados de sustancias nocivas tanto para la flora como la fauna marinas, y para los humanos que dependen de ellos. Los derrames de petróleo han sido constantes y han ido en aumento. El acontecimiento del petrolero *Exxon Valdez* en Alaska ha servido como ejemplo negativo para evaluar las consecuencias que tuvo en las comunidades que afectó. Naturalmente, la organización de acciones por las mismas colectividades solo puede trascender cuando son libres, no así si están colonizadas o afectadas por alguna presión exterior. Es decir, los autóctonos de Alaska poco o nada podrían haber hecho, careciendo de legislación estatal favorable, no hubieran podido emprender ninguna acción sobre el medio ambiente. Este vertido de petróleo parece ser que incidió mucho más en los aspectos psicosociales de las personas que en el medioambiente (Palinkas y otros 1993).

Estos ejemplos nos sirven de acicate para pensar que en cuanto acontece un desastre natural es necesaria una acción comunal; es más, las colectividades elaboran respuestas antes de que las autoridades les planteen las preguntas, tal vez porque estas desconocen qué es realmente lo que se necesita hacer en beneficio de sus conciudadanos afectados.

#### 4. APORTES ANTROPOLÓGICOS ANTE LAS CATÁSTROFES NATURALES

Los antropólogos han dedicado mucho tiempo a la cultura y visiones del mundo, y a los medios y contextos en los que dichas creaciones se establecen y concretan. La respuesta de cada sociedad afectada por los desastres involucra criterios morales y étnicos propios del sistema de creencias particulares de cada una de ellas. Aspectos como la justicia social, el pecado y el justo castigo por parte de la divinidad, la causalidad, la relación de lo secular con lo sacrosanto y la existencia y naturaleza de lo divino son datos a tener en cuenta a la hora de valorar. En España, un dicho popular, dice: «*Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena*»; lo que traducido a nuestras posiciones viene a decir que cuando hay tormenta las gentes se acuerdan de la santa para que interceda ante la divinidad y no acontezca ninguna desgracia con matices irreparables.

Los catástrofes han proporcionado valiosos ejemplos para evaluar cuestiones culturales. Y cuando acontecen, pues, debe pensarse en el realojamiento de las poblaciones afectadas como una estrategia de emergencia que debe contar con una planificación inmediata y con tendencias a la reconstrucción. La antropología social indica la importancia que tiene la descripción inmediata de identidades individuales y comunales en la codificación y contextualización del tiempo, así como la historia y la política de las relaciones interpersonales, comunales e interculturales. Acto seguido, hay que valorar el apego al lugar porque el alejamiento temporal o permanente de las personas puede generar traumatismos psicológicos de difícil previsión. El ejemplo citado de Puerto Maldonado, por ser para mí más conocido, sirve de modelo.

La exigencia de apenarse y lamentarse puntualmente es otro de los temas a tener en cuenta en la investigación antropológica y cultural sobre desastres. Cuando se pierden hogares, pertenencias, estructuras sociales (escuelas, hospitales, edificios emblemáticos, etc.) uno puede lamentarse por ello como si se hubiera perdido algo amado porque se necesita de inmediato; y esto es mucho más intenso cuando la desgracia se amplía a la pérdida de familiares y parientes. Las manifestaciones públicas y afirmaciones de fidelidad a símbolos religiosos y rituales, y a otras tradiciones culturales resultan importantes a la hora de procesar toda la información; y así lo he puesto de manifiesto cuando he evaluado la importancia que tiene la Cruz de Chalpón en el mundo andino rural y en el marino de la costa por ser cercano a ambos y afectar al sistema de creencias (JUNQUERA RUBIO 1999: 169-179).

La antropología tuvo desde un principio —y como motivo principal entonces— la descripción de otras culturas, pero esta dimensión se complica cuando

se trata de evaluar y reseñar los momentos críticos propios de los desastres naturales y otras situaciones de crisis en que las realidades sociales se caracterizan por las pérdidas, la desorganización, el conflicto y los cambios rápidos para hacer frente a la emergencia. Uno de los dilemas de la ciencia antropológica es qué enfoque concreto se tomará como punto de partida para representar mejor lo que está sucediendo y tomar las medidas que ameriten el caso. Asumir o rechazar una determinada variable cultural significa triunfar o fracasar; es más, si aciertas te aplauden y si te estrellas, te maldicen.

## 5. POLÍTICA Y PODER EN LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA SOBRE DESASTRES

Los estudios de política y poder en el contexto de acontecer desastres se centran en las cuestiones de estabilidad y cambio en las relaciones y organizaciones que surgen de inmediato. Hay dos temas relacionados y entrelazados:

- 1) el desastre como puntualidad y causa para la socialización y movilización ciudadana; y
- 2) la catástrofe que ocasiona cambios que muestran las relaciones alteradas con el Estado.

En ambos, existe un considerable interés en examinar cómo los desastres forman, desestabilizan o destruyen las organizaciones y las relaciones sociales. Muchas calamidades son vistas como contextos para la creación de una adhesión política, activismo social, establecimiento de nuevas redes y ejecución de recientes conjuntos de relaciones de poder. En consecuencia, estos datos apuntan al surgimiento de modernas correlaciones.

La precisión o el error que afloran como resultado de las advertencias y las acciones subsecuentes poseen implicancias políticas. Un ejemplo concreto: parece ser que en Piura, con ocasión del último Niño entre 1997 y 1998, se apuntalaron las bases de los puentes y ciertas zonas del cauce del río con arena, lo que ocasionó más perjuicios que ventajas a la hora de hacer frente al desastre y mitigar el azote. La consecuencia más inmediata es que una catástrofe puede crear el espacio político idóneo para que emerjan otras posibilidades y alternativas a las ofertadas por el partido gobernante que detenta el poder desde hace poco o mucho tiempo, según cómo proceda en las deducciones inminentes.

De suyo, la cantidad de agua registrada en los meses en que actuó el fenómeno ha sido cuantiosa si se compara con la normal. El caudal normal del río Piura, a su paso por la ciudad del mismo nombre y a la altura del puente José Avelino Cáceres, no llega a los 200 metros cúbicos, cantidad irrisoria si se la

compara con los 4 425 que se llegaron a registrar en la última acción de 1997-1998. Las dos fotos que se muestran a continuación creo que lo dicen mejor.



*El matrimonio formado por Mirtha Mogollón Bustamante y Edilberto López en febrero de 1998, a la altura del puente Sánchez Cerro en Piura que terminó por ceder (Foto cedida por la citada para este ensayo)*



*El autor de este ensayo, en julio de 2002, en el paisaje anterior y ya con el puente remodelado (Foto: Carlos Junquera)*

El papel social que juegan las tomas de decisión de los grupos emergentes que siguen al impacto del rescate de las víctimas y otras formas de asistencia se convierten en el vehículo para la movilización de protestas contra el partido

en el Gobierno, o en su aplauso si acertaron en las previsiones. Además, se puede ver que las experiencias de activismo aprendidas en un desastre pueden transferirse a otros después de la migración que acontece por los imperativos siguientes. Los acontecimientos negativos que siguen a la acción de una calamidad pueden derivar en un cambio de ideología en la hegemonía política local efectuada por la movilización de grupos minoritarios.

Investigar la socialización política y la movilización de personas, grupos y comunidades afectadas por el derrame de petróleo del *Exxon-Valdez* en Alaska ofreció el dato de que los grupos y organizaciones aparecidos después del desastre posibilitaron la ampliación de sus agendas para controlar aspectos externos al desastre, que fue manipulada convenientemente. Estos acontecimientos también pueden ofrecer la otra cara de la moneda, es decir, la inhibición en los procesos políticos locales a pesar de sufrir un desastre.

En ocasiones sucede que las catástrofes posibilitan el que las etnias minoritarias se unan para asistirse, bien sea en contacto con los dispositivos procedentes del Estado o al margen de ellos. Igualmente, el desastre y la reconstrucción que sigue al mismo pueden reforzar los intereses políticos y económicos perseguidos por los sectores dominantes a expensas de los grupos pobres. Esto es lo que acontece con mucha de la ayuda internacional, que es manipulada por los poderosos en lugar de hacer un reparto eficaz a sus conciudadanos.

Aunque los desastres crean ocasiones para reorganizar el núcleo y gestar el lugar exacto del poderío, al mismo tiempo, el alto costo de reconstrucción de las infraestructuras físicas restringe las oportunidades para la obtención del poder, intensificando particularmente las relaciones de dependencia en las naciones en desarrollo. Las catástrofes crean contextos en los cuales las relaciones y arreglos de poder pueden percibirse y confrontarse con más claridad. El cotejar dichos conciertos puede transformar la conciencia política, dando forma a las acciones de las personas y fortaleciendo o disolviendo los ajustes institucionales que están al frente de la sociedad.

## 6. ANTROPOLOGÍA Y ECONOMÍA CON OCASIÓN DE LOS DESASTRES

Los desastres ocasionan la destrucción del entorno físico y de los recursos de la sociedad que lo ocupa. Crean, como consecuencia más inmediata, una serie de necesidades materiales que suelen ser urgentes, produciendo un flujo de bienes materiales y servicios destinados a satisfacer las necesidades de la sociedad, procedan del Estado o de la ayuda internacional. Los cataclismos crean contextos en los que se modifican los presupuestos, los criterios económicos,

incluso los fundamentales, sobre el comportamiento humano, como el altruismo y los modelos de elección racional (egoísmo), propiedad privada, reciprocidad y redistribución. La tensión entre las normas sociales y el individualismo económico pueden ser examinados a partir de perspectivas únicas. Estos aspectos no son ajenos a la antropología.

Importantes aportes en antropología apuntan que en las sociedades tradicionales en épocas de escasez material se genera, particularmente en los aspectos asociados con el hambre, una anomalía en la estructura moral que establece la distribución de alimentos y otros recursos. Una investigación temprana, que centró sus argumentos en los impactos generados por los huracanes y la posterior hambruna y necesidad en Tikopia, permitió a Firth investigar las implicancias de la penuria de alimentos en el orden social y la disposición de recursos en una sociedad en la que la costumbre dictaminó la difundida repartición de alimentos (Firth 1959).

Si los desastres son técnicos y debidos a fallos de mecanismos inventados por el hombre, la cuestión de la moralidad que permite el acceso a los recursos se eleva con respecto al empleo de cuanto esté relacionado con los mismos. La investigación sobre la utilización de personal local por parte de la Exxon para limpiar el derrame de petróleo en Alaska revela la moral sutilmente dividida y las posiciones éticas en la aceptación de los sueldos extremadamente altos que la compañía estaba ofreciendo y que muchos nativos aceptaron a pesar de contemplar el daño en vivo y en directo. Las catástrofes generan también un entorno temporal y ficticio en el que el orden moral de la sociedad y la elección racional individual o el egoísmo son proyectados dentro de un enorme alivio y, a la vez, dentro de una contradicción potencial a causa del comportamiento y actitudes de personas y grupos bajo tensión.

El moderno socorro internacional destinado a lugares concretos afectados por la desgracia se ha expandido considerablemente durante los últimos treinta años, haciendo más factibles las operaciones de rescate. En efecto, una catástrofe puede convertir a una región en lo que Dudasik ha caracterizado como la «repentina economía de desastre» (1982). Las instituciones de auxilio ingresan en la zona no solo con bienes materiales sino, también, con obras públicas que requieren de la mano de obra local, y crean trabajos que frecuentemente pagan muchas veces más que los índices regionales. Algunos efectos de ayuda económica incluyen una nueva población de consumidores relativamente prósperos (personal de socorro y reconstrucción, que suelen ser extranjeros), disponibilidad imprevista por el consumidor de bienes anteriormente ignorados en la región, nuevas formas de vivienda, diseños urbanos desconocidos, todos general-

mente agobiando las capacidades locales para absorber el influjo de los bienes y la gente, y distorsionando la economía local y su realidad (DUDASIK, 1982).

## 7. CAMBIOS SOCIALES Y DESARROLLO DESPUÉS DEL DESASTRE

La investigación de desastres tiene en consideración este apartado como algo inevitable. A pesar de las influencias sociales que tiene cualquier acontecimiento de esta índole, las reflexiones a largo plazo son prácticamente nulas; no así las consideraciones a medio y corto plazo. En sociedades industrializadas, preindustrializadas y en camino de serlo, las inundaciones, por ejemplo, han sido ignoradas relativamente o se les ha brindado una atención simbólica, como causas de un cambio estructural en la sociedad. A través de su tradición de extensa investigación de campo y énfasis en el proceso social y cultural desde una perspectiva evolucionista, la antropología quizás ha consagrado más atención a las implicancias de los cataclismos para un cambio social a largo plazo que otras ciencias. En efecto, en algunas investigaciones arqueológicas estos lamentables acontecimientos se han interpretado como explicaciones de ciertas formas de evolución cultural.

Ante el impacto que han tenido los últimos Niños, el de 1983-1984 y 1997-1998, algunos arqueólogos peruanos han reflexionado respecto a si hay relación directa entre la acción de estos fenómenos y los cambios de poder en los Andes. Así, Walter Alva Alva indica que hacia el año 1100 d.C. aconteció una de estas calamidades que marcaron el final de la cultura Lambayeque, una de las más importantes de la costa, con restos más que notables en Túcume y Batán Grande (ALVA ALVA 1998: 20). El mismo experto apuntó en 1985 que la presencia de lluvias intensas obligó al abandono de yacimientos importantes del Período Formativo, como el de Purulén (ALVA ALVA 1985: 68).

En general, la investigación de estos fenómenos ha descrito a las sociedades tradicionales como vulnerables e incapaces de arreglárselas por sí solas, más o menos fatalistamente, viviendo bajo un continuo reino de terror al entorno; no obstante, la exploración antropológica ha demostrado las resistentes y adaptables capacidades con las que la gente clásica reaccionara (JUNQUERA RUBIO 1993: 151-173). De suyo, en contextos tradicionales, las adaptaciones indígenas permitieron las respuestas razonablemente efectivas ante los riesgos, como muestra la encuesta realizada por el oidor Gregorio González de Cuenca (AGI, Patronato, Leg. 189, ramo 11).

Los datos potenciales para evaluar un desastre frente al cambio social pueden ser percibidos en las tensiones o fuerzas generadas o acentuadas hasta el punto de poder tener consecuencias a largo plazo en la estructura de las socie-



dades afectadas, particularmente en términos del proceso de desarrollo. En los días de primeros de junio de 2002, al azotar un temporal Santiago de Chile, el presidente Lagos ha declarado que el Estado y la Nación no estaban preparados para hacer frente a la cantidad de lluvia caída en un día porque la misma cantidad suele caer en un año, escalonadamente. El lamentable acontecimiento «*ha causado 10 muertos y 32 000 damnificados [...]. Por todos lados hay canales desbordados, aluviones de barro, viviendas anegadas, carreteras cortadas y calles bloqueadas por las aguas [...]*» (*El País*, miércoles 5 de junio de 2002, página 6, Internacional). Algo similar está aconteciendo en estos momentos, agosto 2002, en los países de Centroeuropa y Alemania, donde el efecto Gota Fría, similar en todo al fenómeno El Niño aunque con menor intensidad, ha dejado un rastro desolador.

Los siniestros pueden manifestar con más claridad las relaciones de poder existentes en una sociedad y el procedimiento de reconstrucción se puede convertir en un campo de competencia donde se pueden poner en marcha los pleitos que afectan a las estructuras previas al azote respecto a los vínculos con el poder y sus beneficios. Las catástrofes y las reparaciones crean oportunidades para el ingreso de nuevos grupos dentro de las evoluciones políticas o económicas, y cuestionan el poder existente, promoviendo cambios y evocando o movilizando resistencias en sectores que apoyan o niegan los arreglos.

Estas tensiones suelen tener implicaciones en los cambios de gobierno local o regional y económico a largo plazo, así como las reinterpretaciones tanto de las estructuras como de los procesos de desarrollo. El manejo de desastres y las investigaciones antropológicas de los mismos en el Tercer Mundo han sido, de hecho, claves en los recientes intentos para reorientar los procesos de reconstrucción con el Primer Mundo, desde reemplazar hasta desarrollar metas que se dirijan a resolver los problemas del sistema predesastre de la comunidad. Ciertamente, el contexto en el que muchos cambios económicos y sociales tienen lugar durante los desastres aflora en la fase de reconstrucción.

Los cataclismos atraen a personajes públicos y privados, y a organizaciones dentro de la zona del desastre con personal y materiales —a menudo extranjeros o ajenos a la población local—, y esta afluencia se convierte, finalmente, en una fuente de tensión y cambio tan grande como el agente del desastre y la destrucción misma. En devastaciones de gran escala, el proceso de reconstrucción puede durar indefinidamente, y deviene a menudo en programas de desarrollo, y los expertos y sus trabajos se tornan en entes permanentes en el panorama social. La etapa de restauración posterior al desastre está agobiada de ambivalencias. Por un lado, la gente cuyas vidas han sido estropeadas necesitan reestablecer cierta forma de estabilidad, alguna estructura de continuidad

con el pasado, con el fin de retornar al proceso de vida tradicional nuevamente. Más aun, algunas personas y grupos con un cierto estatus cuentan con la reconstrucción para recuperar una parte de lo perdido. Por otro lado, el desastre podía haber revelado áreas donde el cambio era más necesario, un hecho que es más que evidente para las personas y grupos que no gozaron de posiciones sociales favorables antes de la hecatombe. En consecuencia, la reconstrucción relaciona disputas significativas sobre medios y metas que involucran la persistencia o el cambio.

Las investigaciones antropológicas sobre desastres y la posterior reconstrucción ofrecen un potencial para el desarrollo. Desgraciadamente, muchas de las búsquedas documentan la falta de procesos que guíen verdaderamente las metas de progreso fundamentales. Por ejemplo, ciertos cambios sociales que involucran una mayor libertad de acción en el comportamiento de los grupos minoritarios oprimidos podrían finalmente involucrar cambios sociales significativos en el futuro (Junquera Rubio 1996: 197-227). Sin embargo, la restauración como ha sido implementada ha producido patrones urbanos y de vivienda que tienden a reforzar las tradicionales jerarquías sociales. Igualmente, los cambios significativos en las conciencias sociales y políticas de todos los grupos en una zona de desastre en relación con disposiciones jerárquicas son indicadores de cambios en el futuro.

El desempeño inadecuado del Gobierno en la prestación de ayuda puede incidir movilizandolos retos reales hacia la autoridad institucionalizada sobre el control del socorro y la reconstrucción. Por lo tanto, en la bibliografía antropológica, la posibilidad para el cambio social inherente en el proceso de reconstrucción reside en las variables que surjan de la organización —y fundamentalmente culturales— dentro de la conciencia política a nivel de la comunidad, que posiblemente contiene el potencial para los futuros arreglos y alteraciones en los niveles estructurales sociales y políticos.

## 8. DESARROLLO Y ECONOMÍA POLÍTICA DE VULNERABILIDAD

Los antropólogos, desde los años setenta, viendo el volumen de aportes tanto desde la ecología cultural como desde la economía política, empezaron a reconsiderar el tema de los desastres, y los geógrafos se comprometieron con un esfuerzo semejante. Las catástrofes promovieron la interpretación menos como resultado de extremos geofísicos —tales como tormentas, terremotos, avalanchas, sequías, etc.— y más como funciones de orden social en marcha, de la estructura de relaciones ambientales humanas y del sistema más grande de procesos históricos y culturales, como el colonialismo y el subdesarrollo, que han formado estos fenómenos.

Desde esta perspectiva, la investigación se torna esencialmente en un análisis de la creación social de la vulnerabilidad. Se considera que los peligros emergen directamente de la actividad humana y la severidad del daño está relacionada con la intensidad de la intervención ambiental por las sociedades humanas. Además, se considera el desarrollo —que favorece la dependencia y especialización en individuos y comunidades— como reductor real tanto de las capacidades normales para enfrentar dificultades como de la habilidad para reaccionar ante los peligros.

Finalmente, la ayuda externa en casos de desastres puede convertir un problema local pasajero en otro a largo plazo; por ejemplo, los modos de subsistencia, la organización social y las densidades poblacionales de pastores nómadas y transhumantes en toda el área andina representan las adaptaciones racionales a los entornos marginales; sin embargo, las presiones económicas han producido sobreexistencias y sobrepoblación, y han hecho tanto a la tierra como a la población vulnerables a las sequías cíclicas (JUNQUERA RUBIO 1993: 151-173).

La investigación antropológica ha planteado dudas en la efectividad de los esfuerzos de la ingeniería de alto costo y a gran escala para controlar las inundaciones, y han recomendado, en cambio, la promoción y el uso de los modos de vida de los indígenas frente a las mismas. Algo de esto debió de haber en Piura hace pocos años con ocasión de las prevenciones que se hicieron cuando azotó El Niño. En otro contexto, la increíble mortalidad producida en 1970 por el terremoto de Huaraz dejó sus rastros en los cambios en los materiales de construcción, los diseños urbanos y los patrones establecidos que fueron introducidos por la conquista española y la administración colonial, y que produjeron un patrón creado socialmente de vulnerabilidad a los peligros.

La creciente vulnerabilidad a los peligros continúa relativamente tan considerable como antes, principalmente debido a la debilitación de las adaptaciones indígenas basadas en experiencias a largo plazo sobre entornos locales, a través de acciones gubernamentales directas o fuerzas políticas económicas que crean sistemas de producción inadecuados para la cultura local, así como para las condiciones ambientales. La modificación de los hábitats humanos por las intervenciones económicas a gran escala, tales como la minería, la tala forestal, los sistemas de riego, las hidroeléctricas y las empresas industriales está provocando condiciones de riesgo en todo el mundo.

Las políticas económicas gubernamentales diseñadas para mejorar el crecimiento ponen en movimiento procesos que tienen peligrosas consecuencias ecológicas, potencialmente catastróficas. Las políticas desarrollistas han pro-

movido formas de producción inadecuadas en muchas partes del mundo, poniendo en movimiento los procesos de erosión de suelos, la desertificación, la deforestación y creando condiciones de vulnerabilidad ambiental extrema a los peligros naturales (JUNQUERA RUBIO 1999: 153-176).

Otros procesos asociados con el crecimiento económico, como la industrialización y la urbanización, han conducido a la concentración de poblaciones en condiciones inseguras. Básicamente, una gran cantidad de personas en la periferia social y territorial de lo global y económico se vuelven más endeble por las desiguales relaciones económicas, que no les permiten tener acceso a los recursos básicos de terreno, alimento y vivienda. Se ha sugerido con frecuencia que la gente vivía en circunstancias peligrosas porque no tenían conocimiento de los desastres o estaban desinformadas acerca de los riesgos. Las investigaciones recientes demuestran que las personas y los grupos sociales podrían no tener otra elección que la de vivir en áreas peligrosas como las llanuras inundadas o laderas inestables en las montañas. Dicha alternativa no se debe a la falta de información o planificación del uso de la tierra sino al control de la misma por las fuerzas del mercado que impiden a las sociedades con ingresos bajos tener acceso a terrenos seguros para vivir.

## 9. INVESTIGACIÓN DE LA HAMBRUNA EN ANTROPOLOGÍA

Actualmente, todos los desastres están estrechamente vinculados a los modelos y patrones de desarrollo, a medida que se relacionan con el entorno. De todas las variables que pueden valorarse, el hambre es una de las que ofrece mayores efectos devastadores. Básicamente, la hambruna es un fenómeno del Tercer Mundo y algunos la consideran como el resultado inevitable de la desorganización —por parte de las instituciones procedentes del colonialismo y la penetración del mercado internacional— de los mecanismos indígenas capaces de afrontar dificultades (SHIPTON 1990, que sigue a COPANS 1983).

Asimismo, la hambruna es uno de los desastres más estudiados por los antropólogos, sociólogos, politólogos y otros, debido, en parte, a la coincidencia entre la localización de la hambruna y la tradición de los lugares de investigación, así como el extenso campo de trabajo vinculado a la investigación antropológica y el comienzo gradual del proceso de la necesidad comparado con otras formas de desastre. Estos datos los puso de evidencia la American Anthropological Association en 1992. En este sentido, los aportes y estudios están empezando a tomar una identidad propia, aparte de las otras investigaciones, hasta el punto de que ya constituye un campo y una bibliografía que puede mantenerse por sí sola. Este aspecto novedoso ha sido revisado y ampliado por Shipton (1990), que centra su estudio en regiones africanas de lo

que suelen denominarse regiones como el Sahel, el sub Sahara y otras que han sido muy castigadas por sequías, y en la consiguiente improductividad de las tierras fértiles.

El discurso sobre la causa del hambre en momentos de calamidad se ha centrado en la mezcla relativa de los seres humanos con los factores naturales. Sin embargo, los aportes científicos a partir de 1970 empezaron a sugerir aspectos puntuales, como la desigualdad humana, la explotación y el desarrollo escasamente informado como elementos claves para que acontezca la hambruna. Ahora bien, una cosa es evaluar desastres en países desarrollados y otra muy distinta el hacerlo en el Tercer Mundo. Estados Unidos sufre de tornados en la Gran Llanura y de tifones en Florida, pero el dato no implica la presencia del hambre porque el Estado acude con la ayuda al momento y las sociedades afectadas están lo suficientemente educadas como para pensar que el socorro debe ser repartido equitativamente.

Las principales investigaciones ejecutadas por los antropólogos sobre los factores causales que afectan a regiones tercermundistas comprenden transferencias legales de tierras, así como los operativos legales en los sistemas de derecho local respecto de las mismas, tanto privadas como comunales; temas referentes a la sedentarización y programas de reasentamiento; temas culturales agronómicos; los efectos del cultivo comercial en la nutrición, integración dentro de los mercados mundiales de productos; aumento demográfico y causas sociales estructurales; ellas muestran que el peso de la escasez de alimentos lo sufren las poblaciones vulnerables (JUNQUERA RUBIO 1993: 151-173), razón por la que los gobernantes deben tomar medidas.

Las diferentes respuestas de las poblaciones a la hambruna han sido el centro de un considerable análisis antropológico. Shipton (1990) brinda un útil enfoque secuencial para conceptualizar las estrategias de respuesta en África; no obstante, previene que si bien dichas tácticas y respuestas son efectivas para hacer frente a las condiciones del hambre, entonces variarán de acuerdo con el contexto sociocultural (SHIPTON 1990: 363-364).

Las maniobras de precaución incluyen medidas comunes para todos los campesinos del mundo e inciden en la diseminación del riesgo a través de la diversificación de los campos, rebaños, comercios, cultivos, pastos y otros recursos y ocupaciones. Las medidas anteriores o más reversibles se centran en la intensificación de la producción o comercio; la sustitución de los alimentos en la dieta alimenticia; la disminución de la cantidad de comida; la venta o matanza de animales innecesarios; la división de las unidades sociales en porciones más pequeñas, más móviles; la invocación de los lazos de parentesco

distantes, la postergación de matrimonios; el dar a criar a los hijos; y la migración a los pueblos y ciudades y el regreso.

Las respuestas intermedias incluyen el prestarse dinero; la hipoteca de tierras o el dar en prenda a los hijos; la venta de animales de tiro necesarios; las herramientas agrícolas; el robo; la invasión; la venta de los cultivos más necesarios, para comprar a granel unos menos nutritivos; la prostitución; y la migración a los campos de socorro. Las últimas respuestas reversibles incluyen el deshacerse de los ancianos; la venta de los hijos, esposas y hermanas, la tierra, las semillas de cultivo; igualmente, aflora el infanticidio y el suicidio. Las estrategias de recuperación se centran en la readquisición de los bienes a través de préstamos o compra de ganado, herramientas, semillas, el aumento de rebaños, el incremento del trabajo; el cumplimiento de compromisos; la adopción de un parentesco; el reajuste de la dote del matrimonio; y el reasentamiento local, regional y social.

Las estrategias empleadas durante todo el proceso de la necesidad son la contratación de mano de obra, la migración, el escaso consumo y los rituales religiosos y mágicos. Como puede notarse a partir del esquema de respuestas de Shipton, existe una gradación en las categorías de las respuestas de la severidad del impacto en las normas sociales y culturales del comportamiento. Al igual que muchos desastres, particularmente en las carencias acaecidas por un sufrimiento prolongado por el impacto, el ayuno hace presión también en las instituciones fundamentales de una sociedad. Existen serios estremecimientos en los vínculos de parentesco y amistad. Por regla general, se interrumpe el matrimonio que incluye una inversión económica. La división sexual del trabajo y las cuestiones de género se vuelven confusas; igualmente, las mujeres jóvenes podrían prostituirse de manera temporal o permanente. El vínculo entre padres e hijos pequeños puede quebrarse al tener que enviarlos fuera de la casa para que los críen otros.

Las personas de edad y otras personas que no producen (enfermos, accidentados, mutilados, etc.) podrían ser echados de la comunidad. Los pobres pueden endeudarse más o someterse a relaciones serviles. Mientras unos grupos se desestabilizan, otros se pueden formar con la predación de los desafortunados. En efecto, la hambruna, quizás más que otro desastre, debido a su severidad y duración, representa un reto a la integridad de la sociedad.

La ayuda internacional ha sido notable a la hora de querer que el hambre desaparezca. En algunas regiones de África, pobres y necesitadas, la donación y la seguridad social son elementos de la práctica tradicional familiar y de la comunidad. Un funcionario temporal de las Naciones Unidas, enviado a Sierra

Leona para hacer el reparto de víveres, me narraba hace unos años que se encontró con el desagradable ejemplo de que, en ciertos ambientes, la harina de trigo no era consumida en la dieta tradicional y ese era el producto que él debía repartir. La antropología tiene aquí una reflexión importante que hacer: la ayuda es necesaria pero las pautas culturales están ahí y también pesan.

## 10. APLICACIÓN DE LA ANTROPOLOGÍA EN EL MANEJO DE DESASTRES

La antropología aplicada, como lo sugiere el término, constituye el empleo de los conocimientos antropológicos y métodos para dirigir los problemas y desafíos hacia el bienestar humano. El campo abarca investigación, evaluación, desarrollo de políticas y práctica social idónea. Como sucede con la mayoría de las investigaciones de desastres, la investigación antropológica tiene una perspectiva implícita asignada. Aparentemente, todas las investigaciones están orientadas a estudiar problemas, individuos, comunidades y sociedades que se ven afectadas por desastres naturales. Igualmente, hay que tener en cuenta los métodos que se van a aplicar para solucionar.

Los temas confrontados por la gente y las comunidades en las regiones peligrosas varían según el alcance y el marco temporal del fenómeno total de un desastre. Los temas de prevención son particularmente problemáticos. ¿Cómo reacciona la gente ante las amenazas y la necesidad de desarrollar sistemas adecuados de advertencia? En términos de preparación y mitigación, los planificadores deben tener en cuenta los peligros de una mala prevención, que lo único que haría sería generar más vulnerabilidad.

Acontezca el desastre donde acontezca, los recursos locales son los primeros en responder de algún modo y puede, inclusive, llegar a ser efectivos en limitar las pérdidas a corto y largo plazos. Los programas específicos dentro del proceso de reconstrucción han sido los temas de la investigación de la antropología aplicada. Las viviendas han sido centro de mucha atención. El estudio de los materiales, la limpieza de los alrededores y la vulnerabilidad, entre otros, son temas estudiados por los antropólogos; asimismo, los asociados con el asentamiento después del desastre y la planificación del reasentamiento.

El examen aplicado a los temas referentes a la ayuda, vivienda, reasentamiento y otros temas de asistencia también han conducido a investigaciones y evaluaciones de la organización y carácter de las agencias de asistencia, particularmente desde la perspectiva de los efectos sobre los procesos de desarrollo. Los antropólogos han realizado análisis de la estructura burocrática y del proceso de toma de decisiones en situaciones de desastre, así como del manejo

administrativo de la ayuda alimentaria. Además, la calidad y cantidad de la ayuda misma se ha tornado en el centro de muchas investigaciones, particularmente en términos de impactos, tanto negativos como positivos (JUNQUERA RUBIO 1999: 153-176).

Un tema final de la investigación antropológica de desastres naturales trata las dimensiones étnicas de la investigación y la práctica en situaciones de crisis. Cada etnia tiene sus propios mecanismos de operación. Hay que tener en cuenta que El Niño actúa en América del Sur desde que existe el Océano Pacífico, lo que nos lleva a tiempos muy lejanos. Las distintas sociedades que han residido en estas tierras han sufrido sus impactos y han tenido también que asumir muchos de los problemas aquí considerados, pero cada sociedad ha resuelto el problema de acuerdo con las visiones que se tengan desde dentro, porque siglos atrás era imposible pensar en el socorro internacional.

## CONCLUSIÓN

El estudio antropológico de los desastres sigue las tradiciones y métodos de investigación que están siendo adoptados por otras disciplinas, como condiciones de incremento de vulnerabilidad a escala mundial. Como prueba de ello, y dentro de la tendencia general hacia un saber multidisciplinario, el estudio antropológico de desastres integra también los hallazgos de la investigación de otras disciplinas dentro de su trabajo comparativo y, asimismo, emplea métodos desarrollados por las otras ciencias sociales en su juego de instrumentos. Finalmente, la naturaleza global de los problemas ambientales y sociales asociados con los desastres naturales y tecnológicos, y la expansión de las condiciones de vulnerabilidad, que dan como resultado sucesos más frecuentes y severos, obliga a todos los investigadores en el campo a desarrollar todos los medios y formas de información para hacer frente eficazmente a las actuales situaciones.



## BIBLIOGRAFÍA

ALVA Y ALVA, Walter

- 1985 «Tempranas manifestaciones culturales en la región de Lambayeque» En: *Presencia histórica de Lambayeque*. Chiclayo, E. Mendoza (comp.), pp. 53-75.
- 1998 «Declaraciones referentes al fenómeno El Niño». *La República*, 15 de febrero, p. 20 (Lima, diario).

AMERICAN ANTHROPOLOGICAL ASSOCIATION

- 1992 «Surviving Famine and Providing Food Security in Africa». Wáshington

BELSHAW, Cyril

- 1951 «Social Consequences of the Mount Lamington Eruption». *Oceania*: vol. xxi, 4: 241-252.

COPANS, Jean

- 1983 «The Sahelian Drought: Social Sciences and the Political Economy of Underdevelopment». En: *Interpretations of Calamity*. London, Ken Hewitt (comp), Allen & Unwin.

DUDASIK, Steven

1982. «Unanticipated Repercussions of International Disaster Relief». *Disasters*: vol. 6(1), pp. 31-37.

EVANS-PRITCHARD, E. E.

- 1940 *The Nuer*. London: Oxford University Press.

FERNÁNDEZ MORO, Wenceslao

- 1952 *Cincuenta años en la selva amazónica*. Madrid: Editorial Imprenta y Litografía.

FIRTH, Raymond

- 1959 *Social Change in Tikopia*. Nueva York: MacMillan.

HUERTAS, LORENZO

2001. *Diluvios andinos a través de las fuentes documentales*. Lima: Fondo Editorial PUCP.

JUNQUERA RUBIO, Carlos

- 1993 «Antropología y paleotecnología: ayer y hoy de una situación agraria en Lambayeque (Perú)». *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 23, pp. 151-173.
- 1996 «Etnia». En: *10 palabras clave sobre racismo y xenofobia*. Estella: Verbo Divino, F. J. Blazquez (comp.), pp. 197-227.
- 1999 «La religiosidad popular en los Andes Centrales peruanos: la Cruz del Chalpón como fiesta del pueblo motupano». *Sociedad y Utopía*: vol. extraordinario, pp. 169-179.
- 1999 «La ocupación humana de espacios geográficos hostiles e improductivos en regiones desérticas o semidesérticas». *Observatorio Medioambiental*: vol. 2, pp. 153-176.

MALINOWSKI, Bronislaw

1922 *Argonauts of the Western Pacific*. Nueva York: Dutton.

PALINKAS, Larry, Michael DOWNS, John PETERSON y John RUSSELL

1993 «Social, Cultural and Psychological Impacts of the *Exxon Valdez* Oil Spill». *Human Organization*: vol. 52(1), pp. 1-13.

SCHNEIDER, David

1957 «Typhoons on Yap». *Human Organization*: vol. 16(2), pp. 10-15.

SCHWIMMER, Eric

1969 *Cultural Consequences of a Volcanic Eruption Experienced by the Mount Lamington, Orokaiwa*. Eugene: University of Oregon Press.

SHIPTON, Parker

1990 «African Famines and Food Security: Anthropological Perspectives», *Annual Review of Anthropology*: vol. 19, pp. 353-394.

SPILLIUS, James

1957 «Natural Disaster and Political Crisis in a Polynesian Society». *Human Relations*: vol. X (1), pp. 3-27.

WALLACE, Anthony F. C.

1956<sup>a</sup> «Revitalization Movements», *American Anthropologist*: vol. 58, pp. 204-281.

1956<sup>b</sup> *Tornado in Worcester: An Exploratory Study of Individual and Community Behavior in an Extreme Situation*. Washington: National Academy of Sciences-National Research Council, NAS-NRC Disaster Study n.º 3.

1957 «Mazeway Disintegration: The Individual's Perception of Socio-Cultural Disorganization». *Human Organization*: vol. 16 (2), pp. 23-27.